

LA SEMANA SANTA Y EL ROCÍO, SEGÚN CHAVES NOGALES

por Antonio Rodríguez Almodóvar

La Semana Santa

Todavía hoy, las seis entregas que hizo este extraordinario periodista sobre la Semana Santa de Sevilla, en Abril de 1935, para el diario madrileño *Ahora*, resultan indispensables si queremos acercarnos a uno de los fenómenos más desconcertantes con que puede enfrentarse el observador de nuestras costumbres. Seis textos asombrosos, que derriban en un instante la idea de que sobre esta fiesta pagano-religiosa se ha dicho todo. Más parece, leyendo a Chaves Nogales, setenta y cuatro años después, que no se ha dicho nada nuevo y que la verdad continúa escamoteada por inmensas cantidades de retórica oficial, cuyo verdadero objetivo es hurtar al conocimiento lo que es, lo que sucede y lo que significa la “Semana Mayor” de Sevilla, en beneficio exclusivo de una cierta liturgia social de lo sagrado. Y eso que hoy gozamos de unas libertades de expresión que, ni de lejos, existían en tiempos de nuestro redactor. Por el contrario, se ha de tener muy en cuenta el momento histórico en que el periodista sevillano se atrevió a escribir las cosas que escribe, a poco más de un año de que se produjera la sublevación de Franco contra la República, y cuando el debate político-religioso alcanzaba en España, y más cabría decir en la capital andaluza, su más alta temperatura. Pues en medio de esas circunstancias, Chaves se atrevería a escribir, por ejemplo: “Los dos enemigos natos de la Semana Santa son el cardenal y el gobernador”¹

La posición de Chaves Nogales, un hombre liberal, distanciado de las creencias cristianas, pero respetuoso con sus prácticas sociales, no pudo ser más comprometida. No dejó de anotar y comentar lo que realmente veía en el vasto mundo de las hermandades, de su entramado social sobre todo. Fiel a su lema de “contar limpiamente”², tampoco escondió, disimuló, ni mucho menos tergiversó nada de lo que le parecía necesario que su lectores madrileños conocieran. Un acto de honradez intelectual, ciertamente cercano al heroísmo, debido a aquellas circunstancias históricas.

Lo primero que hoy nos sorprende es la precisión con que informa a su público de las realidades materiales en que se apoya la Semana Santa, algo que incluso echamos de menos en las pomposas crónicas de periodistas actuales, la mayoría de ellos “comprometidos” a rendir un culto

¹ Manuel Chaves Nogales. *Obra periodística*. Edición a cargo de María Isabel Cintas Guillén. diputación de Sevilla, 2001. Vol. II, pág. 122

² Íb.. Pág. 97.

interminable a esa otra religión intocable, la del *sevillanismo*. Así, cuando escribe: “A la más pobrecita de las hermandades [...] no le sale la procesión por menos de mil duros”³ “Poner un monte de flores [...] cuesta lo menos quinientas o seiscientas pesetas”⁴ “La del Silencio tiene un collar de brillantes, regalo de la madre de los Ibarra, que costó quince mil duros”⁵ “El peto de una Virgen vale, cuando menos, cuarenta o cincuenta mil duros”⁶. “Un manto bordado vale diez o doce mil duros”⁷. Es fácil imaginar el efecto demoledor que podían causar estas cifras en una época en la que el salario de un peón rondaba las cuatro pesetas, la masa de parados e indigentes era muy considerable, y que esos mantos eran bordados por un pequeño ejército de mujeres “sin levantar la cabeza durante diez horas diarias, días y días dando puntaditas imperceptibles”⁸. Cualquiera diría que Chaves se propone un objetivo incendiario, y que por eso insiste una y otra vez en estos detalles. Pero no es así, ni estaba en su ánimo desprestigiar la fiesta. Simplemente quería contar la verdad, con todas sus luces y sus sombras. E ir más allá de los datos materiales, hacia la explicación sociológica: “No es comprensible que obreras de nuestro tiempo, afiliadas a un sindicato y pagadas con arreglo a tarifa trabajen así”⁹. Quería decir que no lo hacían por esclavitud, sino por algún otro motivo, no visible a primera vista.

Es, en efecto, el componente festivo-social de la Semana Santa, tantas veces incomprensible, lo que llama la atención del buen reportero. Y que hoy sigue reclamando la de no pocos estudiosos, principalmente desde la antropología cultural. Tampoco Chaves suaviza ante el lector las muchas contradicciones, políticas e ideológicas, que envuelven a tan curioso fenómeno, en el que conviven los caciques más reputados de la Sevilla económica, con los rasgos más pintorescos de la vida interna de las cofradías de barrio, el papel de los homosexuales en el exorno de los pasos (“a la Virgen del Refugio, de la parroquia de San Bernardo, la viste un hombre que vale por quince mujeres”¹⁰) o las tabernitas camufladas en las sacristías, donde se pasaba revista a todo lo que fuera actualidad, incluidas las mujeres de rumbo y los lances de la tauromaquia.

“En 1932, el nuevo Estado laico no daba subvenciones [de las que vivían las cofradías pobres]. Las hermandades se negaron a salir en procesión. Los acaudalados hermanos mayores habían emigrado. Los *capillitas*, tildados de *cavernícolas*, se escondían bajo siete estados de la tierra. El pistolero anarcosindicalista mantenía en estado de alarma a la

³ Ib. p. 95.

⁴ Ib. p. 107.

⁵ Ib. p. 112.

⁶ Ib. p. 113.

⁷ Ib. p. 116.

⁸ Ib. p. 118.

⁹ Ib. Ib.

¹⁰ Ib. p. 115.

ciudad, y *Sevilla la Roja*, como la denominaba la prosopopeya comunista, no quería procesiones. En 1933 los republicanos liberales de la ciudad pusieron todo su empeño en que hubiese procesiones. Pero los monárquicos no querían. “¿Habéis traído República? –decían-, pues se acabaron las cofradías. [...] En toda España se pretendía por entonces que la religión fuera patrimonio único y exclusivo de los monárquicos. Pero los sevillanos, republicanos o monárquicos, no estaban dispuestos a que su tradicional conmemoración se perdiese para siempre. Se consiguió al fin arrastrar a una Hermandad, la de La Estrella, para que saliese en procesión. Fue un desastre. Le dieron una pedrada al Cristo y al pasar por la puerta del perdón le hicieron dos disparos a la Virgen. [...] Este año ya es otra cosa. La Semana Santa sevillana vuelve, al fin, a su tradicional magnificencia. Ya no se atreven a boicotarla los enemigos del régimen [la República], ni los creyentes ni los ateos [...] A pesar de este obligado sometimiento [al poder de la Iglesia] el espíritu cofradiero sigue siendo el mismo. Siempre hay en el fondo de la cofradía, un poquito de anarcosindicalismo”¹¹.

Esta larga cita nos permite situar el asunto en su más dramática encrucijada, la de 1932, que sólo el tiempo ha ido desenredando, y todavía no del todo. Por las palabras de Chaves queda bien claro que quien de verdad no quería que hubiera procesiones durante la República no era la izquierda, sino la derecha más cerril, los monárquicos de entonces, para provocar un estado de descontento social, que permitiera cualquier desaguisado, como así ocurrió. No era nueva la táctica, ni sería la última vez que la ultraderecha cocinara el caldo de cultivo en el que justificar lo que viniera después. Y que por desgracia vino: ese mismo año, en Agosto, la *Sanjurjada*; cuatro años más tarde, la sublevación del ejército africanista contra la República, al mando de Queipo de Llano, un general que había prometido fidelidad a la República en varias ocasiones; que en Sevilla, precisamente, hizo campo de experimentación para el exterminio de todos los que defendieran al Régimen legal, incluidos los republicanos liberales. Chaves tiene razón cuando añade: “Es una conmemoración arraigada en la entraña misma del pueblo” [...] La Macarena era *La Virgen Roja*, la taberna donde se reunían los cofrades, caía derribada a cañonazos”. Se refiere aquí al acto de vandalismo oficial perpetrado por el Ejército, cumpliendo órdenes del Gobierno Civil, en julio de 1931, cuando un destacamento de artillería derribó a cañonazos la taberna llamada Casa Cornelio, cercana al templo de San Gil, donde entonces estaba la Macarena, y ya una vez dominada la huelga que habían promovido los revolucionarios de la CNT y del PC. Un escarmiento público en toda regla, que sirvió de aviso. El hecho de que allí se reunieran habitualmente humildes cofrades de la Macarena (entonces, recuérdese, *la Virgen Roja*) dejó bien claro que en adelante no se iban a permitir más “desviaciones” populares en torno a la religión. Como

¹¹ Ib. pp. 97- 102.

así ocurrió. Hoy la Macarena es territorio exclusivo de la derecha más estricta, y bien se encargó Queipo de Llano de eliminar todo atisbo de religiosidad popular en su control. Pese a ello, esa religiosidad, que fue la que vistió de negro a la imagen cuando murió Joselito el Gallo, subsiste; lo que da idea de la profundidad del fenómeno, más allá de las contiendas políticas y religiosas. Fue eso mismo lo que ya advirtió y describió Chaves Nogales, para su mal. Pues no le entendieron ni los de la derecha ni los de la izquierda. Y sólo intentaba explicar la realidad. Pero la realidad -la verdad-, ha sido siempre en Sevilla lo más peligroso de todo.

El Rocío

Tres cuartos de lo mismo cabe decir de las crónicas que Chaves Nogales dedicó, entre el 7 y el 11 de junio de 1936, al Rocío. Con el agravante, a la hora de situar su punto de vista, de que faltaba poco más de un mes para que se produjera el llamado *Alzamiento*. La necesidad de explicar la situación a un periodista francés, que le acompaña, evidencia aún más las contradicciones que el sevillano intenta explicar a su colega, el cual no sale de su asombro. Mientras se dirigen en coche hacia el Rocío, en unos pueblos son saludados puño en alto, pero en otros con la mano extendida, al estilo fascista. La olla estaba a punto de hervir, pese a lo cual, las carretas se encaminaban cansinamente a cumplir con su promesa de visitar a la “Reina de las Marismas”, como si nada ocurriese. Y el fervor popular, baile, vino y plegarias, un todo absolutamente incomprensible para una mente ilustrada. Volverán las observaciones del natural, que el “reporter” no esconde, como hiciera con la Semana Santa. Ni se reprime en calificar el despliegue rociero como a él le parece: “culto primitivo y un poco salvaje [...] No se concibe que sigan practicándolo unos hombres que probablemente hoy están afiliados a la C. N. T. o al Partido Comunista”¹². “Algún beato intransigente protesta contra el paganismo que rezuma el festejo” [...] Pero al frente de la Hermandad va un rociero que enarbola una gran bandera roja, amarilla y morada”¹³. Otras muchas noticias sobre el discurrir de los romeros se vuelven hoy extraordinariamente valiosas, y que pocos cronistas actuales se atreverían a escribir, presos como están la mayoría de los llamados “medios de comunicación” de la más obtusa beatería. Y que estemos escribiendo en estos términos, en 2009, no es precisamente buena señal.

¹² Ib. p. 133.

¹³ Ib. p. 137.